

del gobierno, á los charlatanes, admiradores de nuestra situación, incapaces de aprender; á las muchedumbres que se burlan de quien se atreve á hablarles sinceramente, le persiguen con encarnizamiento, y paralizan su acción; en una palabra, á la sociedad.

Lo mismo puede decirse de la inmoralidad pública, plaga de nuestra época. Todo predica el placer, el goce, la licencia; el que habla de limitaciones, de severidad, de disciplina, de influencia religiosa, es desacreditado como un oscurantista y un ignorante, como un enemigo del pueblo. Y á los jóvenes sin experiencia, á quienes la ignorancia y las pasiones de su edad arrastran al placer, se les declara responsables de sus extravíos. En el primer periódico que cojen, leen anuncios que los familiarizan con el vicio, que despiertan su vanidad, su curiosidad, y todavía más su sensualismo; debates y relaciones de crímenes pasionales. Añádase á eso la inevitable dosis diaria de ataques contra la Iglesia, la doctrina cristiana y la moral, sin contar que en cada escaparate, en cada cartel, en cada monumento de los que decoran las plazas públicas, en los adornos de las habitaciones, encuentra la sensualidad todos los días nuevas excitaciones. La civilización exige que visiten las galerías y las colecciones de los museos, á donde es también invitado el pueblo en ciertas solemnidades.

¿Qué aprenden allí? Fácil es comprenderlo; muy poco de gusto artístico y de ciencia, y el conocimiento de cosas en las cuales no habían pensado hasta entonces. Las novelas y los folletines de los periódicos procuran que no se pierdan esos conocimientos; la organización de nuestra vida hace que todas las diversiones tengan lugar por la noche; la tendencia de la generalidad á afluir hacia las grandes poblaciones, á donde convergen todos los elementos peligrosos, tendencia deliberadamente favorecida por un orden social radicalmente equivocado, suministran ocasiones para practicar lo que se aprendió. Por su parte, sea ceguera, sea respeto humano, ó para llamar las cosas con su nombre, temor de ser censurados por demasiado severos ó ig-

norantes, los que tienen la misión de velar no se atreven á hacer ni aplicar leyes contra el mal. Hacen, por el contrario, cuanto pueden para dar á la corrupción apariencias de lícita y legal, para engañar á los entendimientos acerca de la existencia y la intensidad de esas miserias.

Así cada día millares de personas caen en el abismo que se abre solamente para recibirlos y nunca para devolverlos; de la sensualidad caen en el vicio, y de éste en el crimen. Comienzan por los malos deseos y terminan en el robo y el asesinato.

No las absolvemos de la parte que tienen en la falta, pero el principal culpable es la sociedad.

La sociedad educó á esos individuos, creándoles necesidades que debían conducirlos á la ruina; la sociedad les arrebató sistemáticamente todo apoyo moral y religioso contra el mal; la sociedad les quitó los días festivos, y por este hecho, toda elevación espiritual, de suerte que ahora se hallan entregados sin defensa á toda especie de tentaciones.

Para producir su efecto en las muchedumbres, tenía el vicio necesidad de su propedéutica, de su filosofía, de su literatura y de sus templos; todo esto le procuró la sociedad; tenía el crimen necesidad de una escuela preparatoria; se le dieron las casas públicas; tenían éstas á su vez necesidad de un aprendizaje; se les dió la estética del espíritu moderno, el arte por el arte, la moral libre. La sociedad ha creado deliberadamente situaciones en que es necesaria una fuerza de alma verdaderamente extraordinaria para no sucumbir á la tentación. La sociedad confisca en provecho propio á los pobres para alejarlos de Dios y de sí mismos, pero tan mal paga sus servicios, que morirían de hambre, si no ganasen algo por su parte, y les deja tan poco tiempo, que no tienen más remedio que entregarse al vicio. Se ve entonces al rico pasar desdeñosamente al lado de los pobres convertidos en criminales, y no se le ocurre que ha trabajado para arrojarlos en el precipicio, y que todos los días hace lo posible para retenerlos en

él. Muchas damas delicadas se estremecen de horror cuando se les habla de esas pobres criaturas que, caídas en la desvergüenza, viven de ella; desgraciadamente, á ninguna de ellas se le ocurre preguntar cómo la pobre mujer digna de lástima podría calmar el déficit de media semana de trabajo que le quitó aquella misma dama, simplemente porque en un vestido nuevo había un pliegue que no satisfacía su vanidad; y así es como en definitiva debería cada cual deducir, sin gran esfuerzo, que le corresponde una parte importante en la corrupción general.

Es tan evidente esto, que nadie puede hacerse ilusiones en ese punto; todos los que conocen nuestro estado social lo confiesan; obligados por la innegable fuerza de las cosas, declaran que lo exigido por la sociedad á las costumbres de la época, que los placeres públicos sin los cuales no tendría atractivo la vida en nuestras ciudades durante el invierno, que nuestros bailes y nuestros teatros, que en nuestras academias de arte con sus salas de modelos, nuestra literatura, los periódicos ilustrados con sus repugnantes desnudeces, favoreciendo la sensualidad, en una palabra todo lo que Alejandro de Cettugen llama con tanta exactitud el proxenetismo intelectual, <sup>(1)</sup> las situaciones precarias, la paga insuficiente, la falta de protección, la sujeción en que se encuentran miles de personas que deben sacrificarse por la sensualidad y la vanidad de los otros, la avaricia, y, por consiguiente, gran parte de lo que se llama civilización moderna se ha convertido en una escuela de pecado para gran número de aquellas pobres criaturas. Á la verdad, podemos decir de ellas lo que Séneca y Macrobio dicen de los esclavos romanos: No son malos; pero nosotros los hacemos tales. <sup>(2)</sup> No, ellas no son peores que la sociedad y la humanidad en que viven; los que les rodean son más corrompidos que ellos, porque ellos las han hecho tales como son. La seducción doméstica hizo de ellas prostitutas; se llegó al refinamiento del vicio, de la men-

(1) Cettingen, *Moralstatistik*, (3) 551.

(2) Séneca, *Epist.*, 47, 5. Macrobio, *Saturnal.*, 1, 11.

tira y del robo. El oro del rico produjo en ellas el resultado de que, por un puñado de cobre, vendiesen á Dios y el pudor y se vendiesen á sí mismas; así, pues, en vez de juzgar duramente á esas desgraciadas criaturas, démonos golpes de pecho, porque también nosotros somos miembros de la sociedad, y lo que las hizo viciosas es el pecado de la sociedad, el pecado de la generación, nuestro pecado. ¿Por qué, pues, adularnos, dice Séneca? ¿Por qué disimularnos que la sociedad está enferma? Todos nosotros somos malos, pero la sociedad en que vivimos es también mala. Las faltas de los hombres son las faltas de la humanidad. <sup>(1)</sup>

**6. Relación entre las faltas de los hombres y de la humanidad.**—Por verdadera que sea esta última afirmación, necesita, sin embargo, ser explicada; podría ser mal comprendida, y de hecho lo es. Unos exageran la falta de la totalidad hasta eximir al individuo de toda culpa personal; según ellos, éste únicamente sufre por el hecho de la corrupción general; otros no le dan importancia, creyendo que la corrupción de la totalidad, la llamada culpa hereditaria ó pecado hereditario, no es más que el resultado de los pecados personales de los individuos, es decir la suma y resumen de ellos. Pero indudablemente son erróneas esas opiniones; después estudiaremos más á fondo cómo la falta hereditaria no suprime la culpa de los individuos; pero según las consideraciones que hemos hecho hasta ahora, no puede ser dudoso que la corrupción del todo es otra cosa, y peor que todos los pecados individuales reunidos.

Necesario es que el materialismo desconozca la verdad, cuando pretende que el todo no es más que la suma de las partes que le forman; si fuese así, el naturalista podría también formar un ser viviente, animado, con las partes que constituyen la hoja, el corazón y el cerebro, que es capaz de disecar; pero esto no ha ocurrido, ni ocurrirá jamás. Ningún progreso de la ciencia quitará la fuerza al principio de la antigua filosofía, que el todo—hablamos

(1) Séneca, *Ira*, 3, 26.

del todo viviente, orgánico—no se confunde con sus partes, sino que es superior á ellas y las precede. <sup>(1)</sup>

Si eso tiene aplicación en el dominio de la naturaleza, con más razón la tiene en el de la vida intelectual y moral; por esto la jurisprudencia, como la escolástica, estableció una diferencia tan estricta entre el derecho privado y el derecho público, <sup>(2)</sup> y desechó todas las tentativas para declarar la autoridad del Estado como una mera sociedad privada, como la suma de los derechos de todos los individuos. La moral pública no es en manera alguna la suma de lo que hacen todos los individuos tomados colectivamente; pero es la actividad, la vida de la comunidad misma. <sup>(3)</sup> Por desgracia la política, los pedagogos, los historiadores, no tienen bastante en cuenta estas importantes verdades. Es difícil comprender cómo se debe educar y dirigir á los hombres, cómo se debe escribir la historia y comprender la civilización, si no se admiten estos principios; porque nadie puede cerrar su ánimo á la convicción de que en cada todo viviente vive una fuerza, y que no solamente esta fuerza vive, sino que da el tono; fuerza que en modo alguno se confunde con el espíritu de los individuos.

En muchas familias, corporaciones, asociaciones, comunidades de Estado, vemos á los individuos deplorar y detestar una tendencia, y después rendirle homenaje con apresuramiento, júbilo y convicción, tan pronto como aquella tendencia se formaliza.

Nadie creerá que sean personalmente infalibles los soldados que marchan de victoria en victoria con la precisión de una máquina; nadie negará tampoco que haya hombres excelentes, tal vez superiores en un ejército, en una asociación en que todo esté sin orden ni concierto; pero lo que decide la victoria no se encuentra en los indivi-

(1) Aristót., *Topic.*, 6, 13, 5; *Polit.*, 1, 1 (2); *Métaph.*, 4, 23, 1; 6, 10, 1 y sig.

(2) *Vol.* VII y VIII, 11, 6; 14, 3; 25, 3, 4; 26, 7; 27, 4.

(3) V. mas arriba, 3, 11.

duos; está en el conjunto. Si el espíritu de éste es bueno, arrastra los más débiles á la victoria; pero cuando Dios ha enviado, como dice el profeta, el espíritu del vértigo á una sociedad, entonces, aun los más nobles vacilan como ebrios. <sup>(1)</sup>

Esto nos explica la diferencia entre una comunidad buena y una mala, entre un orden lleno de vida, por ejemplo, y otro que está en decadencia. No son la capacidad, las disposiciones y la actividad lo que constituye la fuerza de una corporación, sino la excelencia general, la excelencia social, ó, en otros términos, el espíritu del todo. En la comunidad mejor, puede ocurrir que, en cuanto á sí mismos, no sean los individuos que la componen ni más perfectos ni más capaces que ordinariamente lo son en una asociación de hombres; sin embargo, en conjunto, inspiran el mayor respeto y llevan á cabo hechos notables, porque el todo, cuando es bueno, es más perfecto que las partes. Por el contrario, causará con frecuencia asombro encontrar muchos individuos excelentes en una comunidad que está en decadencia, y ver que en virtud, en piedad, en actividad, es la corporación muy inferior á lo que debería esperarse, dada la importancia de tantos hombres excelentes; pero no pudiendo éstos reaccionar contra el espíritu que domina á la generalidad, sucumben á menudo y aun sufren su influencia sin darse cuenta de ello siquiera.

**7. Deberes relativos á las faltas de los individuos y de la totalidad.**—La verdad que se manifiesta aquí es de aquellas que debemos tener presentes, mas bien para nuestra conducta que para nuestra convicción.

La vida presentaría un aspecto muy diferente, si estuviésemos penetrados del pensamiento de que el pecado de la totalidad es con mucha frecuencia mayor que el del individuo, y que muy á menudo le precede y le provoca. Ahora todos gimen, se quejan y desean que las cosas se hagan mejores; pero nadie pone manos á la obra, y cuando parece que alguien quiere producir algún cambio, todo

(1) Isaías, XIX, 14.

son recriminaciones, como si intentara algún crimen de lesa majestad. Todos reclaman una reforma, pero sería indispensable que se hiciese por sí sola. Si alguien—especialmente el que tiene la misión de mandar, y de quien todos se quejan porque no hace milagros—coje al negligente por el cuello; menos aun, si toca en uno de sus cabellos, llueven sobre él los anatemas en mayor número que antes, cuando dejaba que todo fuese de cualquier modo. Como el águila se precipita sobre la paloma, así se precipitan contra los pequeños, contra los débiles, contra los víctimas de la seducción, que se permiten hacer algo para mejorar su suerte intolerable, ó creen que hay el derecho de hacer lo que la totalidad piensa y enseña. Nadie puede decir una palabra contra los principios que envenenan el corazón y el entendimiento de las muchedumbres sin exponerse á ser apedreado. Las pequeñas excrescencias nos asustan pero no atendemos al foco del mal. Condenamos inexorablemente á las personas que se equivocan ó que tienen debilidades, pero las faltas y los errores en sí mismos, son para nosotros sagrados. Las conveniencias, la buena educación, la tolerancia, exigen, según queremos persuadirnos de ello, que se guarde silencio respecto de este asunto, ó en todo caso, que se hable con miramientos y con extrema reserva. Á los individuos que nos molestan, les hacemos sentir toda nuestra cólera, porque han hecho ó dicho lo que, por nuestra falta, estaba en el ambiente, como suele decirse. Por el contrario, dejamos tranquilamente que se prosguen los abusos generales en que toman vida, fuerza é inmortalidad los pecados de los individuos, diciendo: nada puede hacerse en contra de eso. <sup>(1)</sup>

Así es como nuestra pereza y nuestra cobardía encuentran siempre una excusa; y entre tanto, la perversidad de nuestra manera de ver y el poder contagioso del ejemplo general, ó no sólo no son inquietados, sino que aumentan constantemente en su fuerza de seducción. No hay entidad pequeña ó grande, familia, municipio, Estado, en que

(1) Séneca, *Ira*, 2, 9, 10.

no aparezca; ese mismo espíritu se manifiesta á veces en las entidades eclesiásticas; todo lo cual constituye el verdadero medio de impedir que se descubran las llagas que nos devoran y hace toda mejora imposible.

Es necesario que esto cambie; pero no cambiará, si no comprendemos que debe hacerse entrar más en cuenta los males de la totalidad, y que éstos tienen más poder de seducción que todas las faltas individuales. Frecuentemente podemos dejar la responsabilidad de estas últimas á quienes las cometen; pero cuantos forman parte de la totalidad deben ponerse en guardia contra las primeras, sin lo cual incurren en responsabilidad. Ante esas faltas, no se trata de ser ocioso espectador y lamentarse; tampoco basta solamente orar, sino que es indispensable proceder con energía.

Únicamente si todos, ó por lo menos un gran número, marchan decididamente en ese sentido, esperamos que se pueda poner trabas al mal y preparar un mejoramiento. El remedio completo es imposible; pues, por desgracia, la totalidad está enferma desde que existe, y desde entonces se propagó sin impedimento la corrupción general de la humanidad. Pero lo que estaría en poder de los hombres sería el que obrasen de concierto todos aquellos á quienes incumbe ese cuidado; sería, repetimos, la posibilidad de impedir que la corrupción general, la impunidad del vicio, la audacia de la seducción, la destrucción de las nociones fundamentales de verdad y de derecho, se extiendan más y contaminen á los individuos.

Seamos, pues, indulgentes con los pecadores, pero hagamos guerra encarnizada á los pecados; excusemos á los hombres, pero no dejemos surgir en nosotros un pensamiento de tolerancia hacia los principios seductores y falsos del mundo. Se curan mejor las pequeñas miserias del individuo con la dulzura y la indulgencia; pero contra las viejas llagas del género humano, esas plagas transmitidas por herencia desde el principio y profundamente arraigadas, hay que emplear seriamente una severidad adecuada y reflexiva.